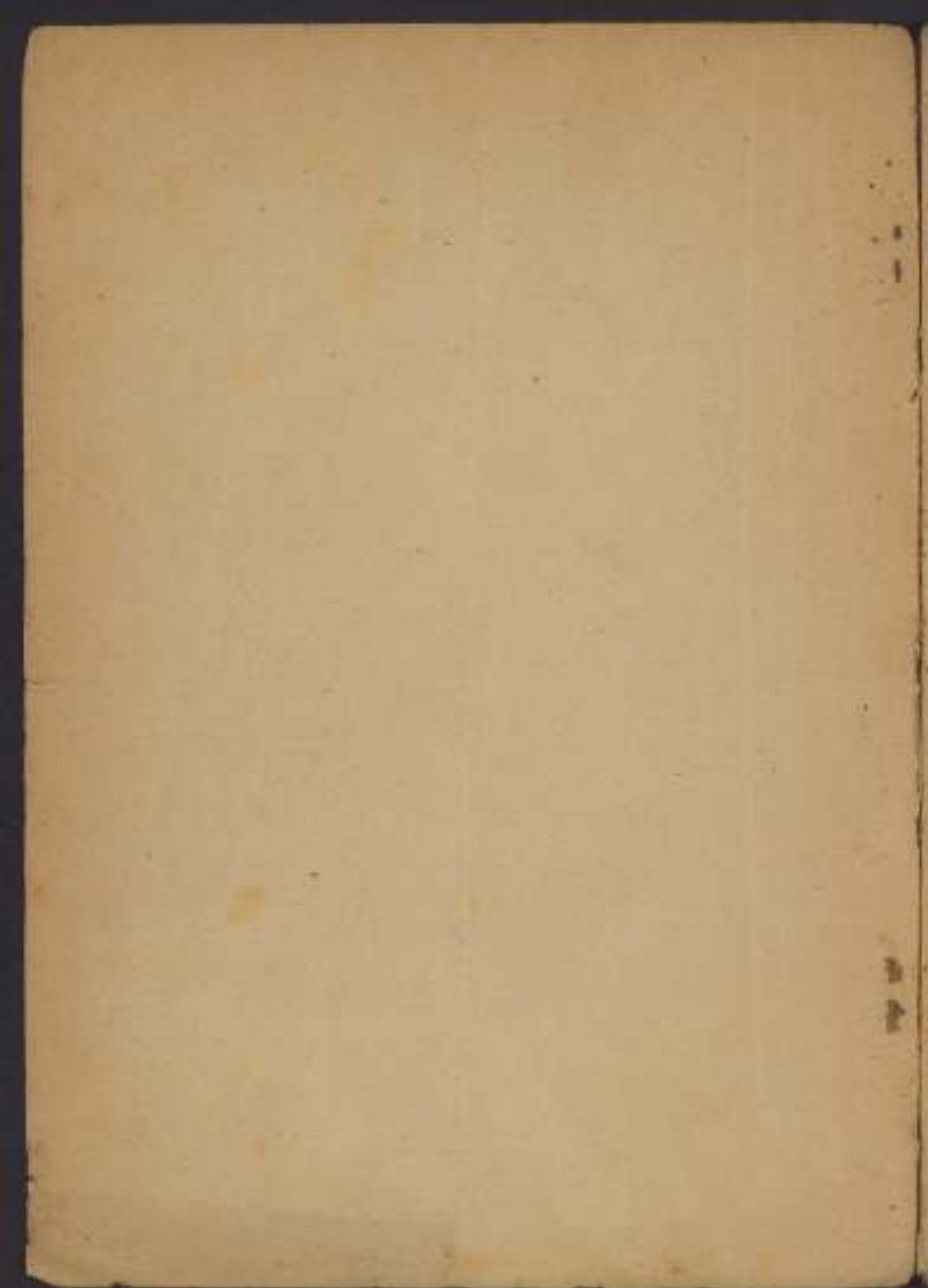


selección films
de amor

los Nibelungos



margarete schön
paul richter



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL

NUEVA
COLECCIÓN

Dedicación, Administración y Talleres:
Beltrán, 254-Apartado 787-Tel. 70952-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agente de ventas: Sñal. Gral. Española de Librería, Barbé, 14 y 16-Barcelona

AÑO 1.

NÚM. 19

LOS NIBELUNGOS

Canción de gesta germánica según
la secular leyenda que inspiró a
RICARDO WAGNER su famosa tetralogía.

Producción **UFA**

Distribución en España por

Alianza Cinematográfica Española

Provenza, núm. 275 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Sigfrido	PAUL RICHTER
Krimhilda	Margarete Schoen
Brünhilda	Hanna Ralph
El Rey Gunther	Teodor Leos
La Reina Ute	Gertrud Arnold
Mimo, herrero Nibelungo	Georg Johp
Alberico, el Nibelungo	Hans Adelbert
Hagen Tronic	

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 80 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Negr.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INESCIABLE	Carole Lombard.
EL VENCIDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Banroff.
TENTACION	Joel Mac Crea.
INDEFENSIBLES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGERIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Wey Wray.
EL GRAN DONADOR	Aulita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florsie.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Fennell.
VERONICA (La florista)	Franciska Gaal.
LUCE DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPHIA (Granito de sal)	Franciska Gaal.
SEPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIEBLINOS	Pati Richter.
HOY O NUNCA	Jean Esguen.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remite el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

LOS NIBELUNGOS

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

PROEMIO

En medio de los bosques milenarios habitados por los Nibelungos, geniecillos maléficos, existe la herrería de Mímo, construida en la misma roca, con el único fin de forjar la famosa espada *Nothung* que había pertenecido a Sigmundo, padre de Sigfrido, y que, una vez arreglada, debía quitar el miedo al que la blandiera, condición ésta indispensable para matar al famoso dragón Fafner, guardador de tesoros inestimables.

Estos auríferos tesoros habían sido robados por Alberico, Nibelungo hermano de Mímo, a las Ninfas del Rhin. Guardaban éstas con sus encantos, en el fondo del mar, el Oro del Rhin, pue todo mortal que, atraído por el tesoro inestimable de que eran guardadoras, caía en las redes de la incomparable belleza de las tres Ninfas, se inhabilitaba para hallar el Oro. De todos cuantos intentaron la empresa, uno solo, Alberico, pudo, despreciando la hermosura de las Ninfas, llegar hasta el Oro y hacerse con él, llevándose al bosque de los Nibelungos.

Los dioses Wotan y Fricka pidieron a los famosos gigantes Fafner y Fasolt, les construyeran inaccesible castillo, en altísimo peñasco a orillas del Rhin, prometiéndoles en precio de aquel castillo, la entrega de la bella Freia, hermana de Fricka.

Terminada la construcción, los gigantes citados exigían la entrega de Freia; mas a fuerza de ruegos, los dos gigantes abandonarían la posesión de Freia con la sola condición de que se les entregase el Oro del Rhin en poder del Nibelungo Alberico. Accede Wotan a la proposición y valiéndose de un ardid logra apoderarse del Oro con el que paga a Fafner y Fasolt la construcción del castillo que será la residencia de las Walkirias, hijas de los dioses Wotan y Fricka.

Ya en posesión del tesoro, Fafner y Fasolt riñen, porque ambos quieren poseer el famoso anillo de los Nibelungos que

forma parte del tesoro, Fafner mata a Fasolt, y aquél queda convertido como castigo de su crimen, en un inmenso dragón.

Resumiremos la leyenda de Sigfrido en siete cantos: 1.º Muerte del dragón; 2.º Endecha de trovador; 3.º La Walkiria Brunhilda; 4.º Epitalamio; 5.º Antagonismo de reinas; 6.º Fratricidio; y 7.º Marcha fúnebre.

LA MUERTE DEL DRAGON

Estamos en el bosque umbrío do moran los Nibelungos, raza abyecta de enanos, genios del mal.

Mimo, ser repugnante, con faz de horrible gorila, carilucio y harapiento, se desespera porque no puede llegar a soldar una espada rota, cuyo arreglo le preocupa sobremanera.

Sigfrido, joven de aspecto simpático, que cubre parte de su bien formado cuerpo con una piel de oso, contempla sonriente la desesperación de Mimo, que murmura entre dientes:

—¡Tormento pesado!... ¡Trabajo sin fruto!... ¡La mejor espada que forjé en mi vida resistiría los puños de los gigantes, y aquel débil mozo lo la hace pedazos como si fuese un juguete!... Una hay que no rompería. La espada Nothung; si supiese soldar sus pedazos, resistiría, pero mi arte no alcanza a tanto.

—¿Qué murmuras, Mimo?—preguntó Sigfrido.

—Pienso—contestó mintiendo el repugnante Nibelungo—que eres muy ingrato. Porque yo desde que naciste te he criado: te vestí; te di de comer y de beber; te protegí como a mi propio pellejo; te arreglé un lecho en donde pudieras dormir tranquilo; te forjé juguetes y una sonora bocina; te di buenos consejos, y te enseñé cuanto sabía y mucho más; y mientras yo, pobre y viejo enano, sólo por ti me consumo, tú, colérico, me atormentas y me aborreces.

—Muchas cosas me has enseñado y muchas aprendí de ti; pero una hay que nunca me has dicho. Oye, Mimo, ya que eres tan ingonioso, contéstame. Los pájaros cantan alegres en la primavera y el uno llama al otro, tú mismo dijiste que eran...

—Macho y hembra,

—Construyen un nido y allí incuban, y luego los pequeños revolotean en derredor y ambos cuidan de la prole. Di-

me, Mimo. ¿dónde tienes tu hembra para que pueda llamarla madre?

—¿Estás loco?... No seas torpe. ¿Acaso eres tú pájaro?

—Me vas a decir quién fué mi madre o te ahogo.

—La verdad; yo soy tu padre y tu madre, al mismo tiempo.

—¡En eso mientes, miserable truhán!... He visto que los hijos se parecen a los padres; me acerqué al arroyo cristalino y vi que en él se reflejaban fielmente los árboles y los animales; el sol y las nubes aparecían en el fondo del arroyo. Allí contemplé también mi propia imagen, y no me vi esa cara de sapo que ostentas.

—¡Qué modo de disparatar!

—Bueno; me vas a decir el nombre de mi madre o te salto al cuello.

—No te lo diré.

—¿No?

—¡No!

Sigfrido de un salto arrojóse sobre Mimo y le cogió por el pescuezo.

—Suelta, suelta—gritaba el Nibelungo—que ya te lo diré.

—Habla.

—Tu madre murió al nacer tú... Se llamaba Sigelinda.

—¿Y mi padre?

—Sigmundo. Ya había muerto él cuando tu madre llegó a esta cueva. Me entregó esta espada en la que trabajo, según ves desde que tú estás en el mundo; pero en vano; la espada no se puede soldar. Me dijo tu madre que esta espada se llamaba Nothung, y, que si acertaba a soldarla, te la ciñera, que con ella no sabrías lo que es el miedo.

—¿Y tú no puedes soldarla, canalla?... Yo lograré fundirla.

Cogió Sigfrido un crisol, púsolo en la fragua y gritó al Nibelungo que el fuelle soplabá:

—¡Aviva el fuego!

Hizo añicos los trozos de la famosa Nothung y púsolos en el crisol. Mucho tardó en fundirse el acero y una vez fundido, vertiólo en un molde; cuando se hubo enfriado, púsola en la fragua hasta calentarla al rojo, tomola con unas tenazas y en el yunque a martillazos juntó el mango primitivo soldándolo con la hoja.

Mientras Sigfrido martillea el acero, Mimo, extrañado de

la habilidad del mancebo, separase de él, abriendo desmesuradamente los ojos como espantado.

—Ya está—dijo Sigfrido con orgullo.

—¡Ya está!—exclamó Mimo sin dar crédito a sus ojos.

—Toma, pruébala.

—Dame.

Tomóla en sus manos el Nibelungo, arrancó una pluma de una ave salvaje que Sigfrido había colgado en un clavo al regresar de la caza un momento antes, echó al aire la pluma, dejándola caer encima del filo de la espada y partiósela en dos.

—¡Maravilloso, Sigfrido, maravilloso!

—Tú no sirves para nada.

Y dijo entonces Mimo, el herrero famoso, con voz solemne:

—Torna a tus lares, Sigfrido, hijo del Rey Sigmundo, pues Mimo nada te puede enseñar ya.

—Sí, sí, ganas tengo de conocer el mundo—contestó Sigfrido, ciñéndose el gladio que su padre había ceñido también.

Salió el mancebo de la cueva seguido del herrero. Reposando en una peña, un viejo Nibelungo contaba a otros tres, a su vez sentados, los peligros que ofrecía salir del bosque de sus dominios, pues un horrible dragón guardaba los tesoros que un día habían pertenecido al hermano de Mimo.

—¿Miedo tenéis del dragón, cobardes?—preguntó Sigfrido.

—Un día—dijo el viejo Nibelungo—quise ir a ver la hermosa de Krimhilda, y por no pasar cerca de la caverna del dragón, desistí de mi propósito.

—¿Do mora esa princesa?

—En Worms, Sigfrido.

—¿Worms?... ¿Worms?...

—Pues qué, ¿no has oído nunca hablar del famoso castillo de Worms, a orillas del Rhin, ni del Rey de Borgoña que lo habita?

—En mi vida. Este estúpido herrero—y Sigfrido señalaba a Mimo con desprecio—que pretende haberme instruido, me ha tenido en un total desconocimiento de las cosas del mundo.

—Pero si te propones emprender el camino de Worms, procura evitar el encuentro de Fafner, el famoso dragón, pues te puedo asegurar que no llegarías a ver a Krimhilda.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Dragones a Sigfrido!... Nunca temí a na-

die... Mimo, muéstrame el camino de Worms o ya acabaste de vivir.

—Mira, atraviesa este bosque siguiendo el curso del sol: cuando hayas caminado media jornada...

—¿A pie o a caballo?

—Supongo que irás a caballo... Cuando media jornada hayas andado, sin acelerar tu caballo, hallarás una torrentera, sube hacia el bosque de los carrascos gigantes hasta dar con un manantial de agua viva que se desliza formando un riachuelo, sigue el curso de este riachuelo hasta hallar la charca del dragón, rodeada de tilos milenarios. Hasta esa charca, donde el dragón desaltera su sed, conozco el camino: más allá lo desconozco.

—Tráame el caballo, Mimo. Quiero alcanzar la mano de Krimhilda.

Mimo dió un grito y un caballo blanco salió pafando de detrás de la cueva que servía de herrería. Mimo le puso una piel de oso a guisa de silla, atándola con una cincha, también de piel. Sigfrido, de un salto, subió a horcajadillas y partió al paso de su caballo blanco, llevando en el cinto la famosa espada Nothung.

—Ya oiréis hablar de mí... Voy a Worms!—dijo Sigfrido extendiendo el brazo con majestad.

—¡Que te sea leve tu camino, Sigfrido, hijo de Sigmundo!— así se despidió Mimo; y luego meneando la cabeza añadió:

—¡No, no: por esa ruta no llegarás a Worms!

Con semblante alegre y el corazón tranquilo, sin otro ideal que contemplar el rostro de una mujer hermosa, de quien tantos elogios se le habían hecho, partió Sigfrido en dirección a Worms, sin preocuparle para nada el famoso dragón que el paso obstruía.

Siguiendo el itinerario trazado por Mimo, dió Sigfrido con el manantial, cuya corriente siguió hasta el charco de los tilos, que servía de bebedero al famoso gigante Fafner, convertido en dragón. Sentóse cerca de aquel lugar. Un pájaro, cerca de su nido, empezó a cantar en un tono tan plañidero, que parecía avisar al joven el peligro a que se exponía en aquel lugar.

—¿Qué me dirá este pajarito?... ¡No te entiendo!...

Sigfrido apeóse del caballo, acababa de apercebir el mons-

truo saliendo de su guarida; nada hay que pueda dar idea de su horrible fealdad y de sus colosales dimensiones.

Avanzó el dragón hasta la charca y púsose a beber en el agua fangosa, luego levantó la descomunal cabeza y dió un rugido que retumbó en el bosque como eco de un trueno. Al ver a Sigfrido coleteó rabioso abriendo las fauces en actitud amenazadora. El hijo de Sigmundo sonrió burlándose del monstruo; desenvainó la espada y saltó el arroyo acercándose a él. No le arredró ni la actitud fiera del animal, ni sus colosales dimensiones, ni el fuego que arrojaba por los orificios nasales. Atacóle de frente primero; mas el monstruo volvió hacia él su terrible cola; de un salto volvió a situarse frente a la cabeza del dragón que rugía amenazador; era la lucha de un coloso que disponía de armas poderosas, contra un pigmeo casi desarmado; la espada de Sigfrido era un juego de niños comparada a los terribles medios de que disponía el encantado Fafner para deshacerse de su adversario. Durante un buen rato el valeroso joven defendióse con sus ágiles piernas, saltando para evitar las fauces y la cola del apocalíptico animal. Por fin, después de una lucha enconada, pudo Sigfrido herir a la bestia en el ojo izquierdo, vaciándose de un mandoble. Retorcíase el dragón, dando aullidos dolorosos, mientras el joven buscaba situarse al lado izquierdo del monstruo, evitando colocarse ante su ojo bueno; así pudo, con facilidad asombrosa, acercarse a su enemigo y clavarle la Nothung en el corazón. Hórrido gemido se escapó del pocho del dragón que retumbó como eco de muerte en todos los ámbitos del bosque, contrastando con la cascada de notas risueñas de la garganta de Sigfrido. De la herida manó un chorro de sangre tan abundante que pronto quedó la charca entrojecida y también el arroyo por donde desagaba aquél.

El pajarito que antes había cantado plañidero, entonó un canto de triunfo y entonces parecióle a Sigfrido comprender el sentido de aquel canto.

—Ahora me comprenderá el héroe porque sus manos han tocado la sangre de Fafner—cantaba el ave desde la enramada.

Mírase el joven a la mano, y, en efecto, su diestra estaba teñida en sangre.

—Si el matador del dragón—cantaba el pájaro—en la san-

gre de aquí se bañara, no harían mella en su cuerpo ni las flechas ni las lanzas.

Oyó la misteriosa voz del pajarito y se despojó de la piel con que cubría la parte inferior de su cuerpo, sumergiéndose en la charca y púsose bajo la herida abierta por la que no cesaba de manar sangre en abundancia; mas una hoja, desprendida de uno de los tilos, cayó sobre su omoplate izquierdo, quedando enganchada en su piel, con el sudor producido durante la lucha. Sigfrido puso su cabeza bajo el chorro de sangre y todo su cuerpo fué bañado en ella, a excepción del lugar donde la hoja de tilo había quedado pegada.

—Sigue tu camino hacia Worms, hijo de Sigmundo—cantó el pájaro.

—¿Qué camino debo seguir?—preguntó el héroe.

—Sigue mi vuelo.

Echó a volar el ave y Sigfrido volviendo a subir a caballo, dirigióse en seguimiento del pájaro al galope tendido.

Antes de salir del bosque del dragón, feudo de los Nibelungos, una voz ronca como el fragor de un trueno paró su cabalgadura. Pusósele delante un Nibelungo repugnante; lucía dos ojos vivos, redondos, en su cara perdida entre una barba hirsuta y una cabellera desordenada; sucio, casi en cueros, cubierto sólo con cuatro harapos hechos girones: era Alberico, hermano de Mimo.

—Para tu cabalgadura, atrevido doncel, y no te internes por los dominios de Alberico.

—¿Alberico, hermano de Mimo?

—¿Eres tú, follón y mal nacido?... Pues voy a colgar tu cabeza en el árbol más alto de este bosque.

Y Sigfrido desnudó la Nothung y apeóse del caballo.

Al ver llegar a Sigfrido, Alberico cubrióse el rostro con una redecilla maravillosa que en su mano llevaba y se hizo invisible. Luego echó una cuerda en forma de lazo sobre el joven; mas él desenvainó la Nothung y a mandoblazos deshizo de la cuerda, la que enredándose en la redecilla, descubrió la faz al Nibelungo. Alberico suplicó:

—No me hagas daño y te regalaré esta red—y enseñábase la redecilla tejida de cabello.

—¿Qué valor tiene?

—Es otro casco de Mambrino, pues el que se la pone de-

lante de la cara desaparece a la vista de los demás o le presta la figura de otro según su deseo.

—Pruébalo tú.

Púsose Alberico la red delante del rostro y desapareció durante un momento, a la vista de Sigfrido.

—Es que si te quito la vida, haré una obra agradable a los dioses y al mismo tiempo tendré tu redecilla.

—Concédeme la vida, mancebo, y te daré los tesoros que poseo muy cerca de aquí.

—¿Dónde?

—Sígueme.

Entró Alberico, seguido de Sigfrido en un boquete estrecho abierto en la peña. Con una piedra luminica que aquél llevaba en su diestra, esclarecíase las estrechas y tortuosas galerías por donde anduvieron hasta llegar a una inmensa cueva iluminada por piedras luminosas, como la que llevaba en sus manos Alberico. ¡Oh, maravilla!... En medio de la cueva trabajaban en la construcción de una monumental corona, próxima a ser terminada, un verdadero enjambre de enanos Nibelungos. La preciosa corona, reluciente de pedrería, ocupaba gran parte de la cueva.

—¿Para quién es esa corona?—inquirió Sigfrido.

—Para el Rey que llegue a reinar en Islanda. Quiero que veas, doncel, los tesoros de mi casa.

—Los veré con gran placer, Nibelungo.

—Pasa, pasa—dijo Alberico precediendo al joven.

En otra cueva, no tan espaciosa como la primera, cuarenta Nibelungos sostenían sobre sus espaldas una inmensa bandeja que servía de joyero a Alberico; allí, en revuelta confusión, veíanse brazaletes de oro; sortijas de brillantes; cascos de los metales más raros forjados por artífices Nibelungos; platos, bandejas y vasos de oro; sargas de perlas; brillantes de tamaño fabuloso, engarzados en pendientes de metales raros, en fin, las joyas más preciosas que imaginarse puedan.

—¡Rico tesoro posees, Nibelungo!—exclamó Sigfrido.

—Acércate y verás otro mayor—contestó Alberico.

Obedeció el joven. Alberico tomó del inmenso joyero una espada con empuñadura de oro.

—¿Ves esta espada?... Es la Balmung, la invencible; en

la vengadora espada, que castiga vengativa a los que cual tú me hablan.

Dijo Alberico, y tiró una capa sobre el indefenso Sigfrido; pero el joven dió un salto, desenvainó la espada y dijo, poniéndose en guardia:

—Nothing se llama la mía y hiere sin amenaza.

De un tajo atravesó el cuello al malvado Alberico, que cayó muerto a sus pies. Los Nibelungos presentes quisieron echarse sobre Sigfrido; mas él cogiendo la redecilla que Alberico tenía en su mano púsozela e hizoze invisible a sus enemigos. Y el hijo de Sigmundo echó esta maldición a los habitantes de aquella cueva:

—¡Así piedra os volviérais todos!

Y piedras se convirtieron. Cuando se quitó la redecilla, vió el inmenso joyero sostenido por cuarenta pótreas figuras y Alberico caldo formando parte de un peñasco.

Salíó Sigfrido de aquellos antros, montó a caballo y desenvainando la espada y esgrimiéndola victoriosa, dirigióse a Worms, al castillo donde esperaba ver a Krimhilda.

—¡Sígueme, ségueme!

El joven precipitó su caballo a galope en seguimiento de la misteriosa ave que al palacio de Worms le conducía.

ENDECHA DE TROVADOR

En suntuoso y severo salón de estilo bizantino del regio castillo, residencia del Rey Gunther, construido en la cumbre de un elevado cerro, cuya base baña el Rhin, están reunidos, al declinar el sol, en tarde otoñal, todos los miembros de la familia real y alta servidumbre.

El salón es un inmenso rectángulo abovedado, con cuatro grandes ventanales de cristales multicolores, en tres de sus lados. En el testero, que mira al Norte, hay un trono no muy elevado, con dorado sillón de asiento acojinado y templete de estilo gótico. En este trono está sentado el Rey Gunther, acodado en los brazos del sillón. En otro asiento también dorado siéntase la Reina Ute, madre de aquél. La Princesa Krimhilda, hermana del Rey, trabaja en bordar magnífica capa de seda y oro, cerca del ventanal abierto que mira a

Oeste. En otros extremos del salón siéntanse los caballeros Gerenot, Gisether y el Intendente del castillo, Hagen Tronje, alto como un gigante y tuerto de su ojo derecho.

En el centro del salón, cerca de un brasero en el que se quema incienso, sentado en un sencillo taburete, está el trovador Volker Von Alzey, joven, esbelto, agraciado, de rubios y rizados cabellos, de ojos azules. En sus manos suena dulcemente el trithan, especie de violoncello de tres cuerdas, iniciando la introducción a la trova que se prepara a cantar. Y oyóse su melíflua voz:

—Pájaro místico,
desde la rama
el de una gesta,
gesto inmortal.
Ya de aye en hombre
me he convertido,
y en una trova
voy a cantar:

El esforzado Sigfrido,
con la su terrible espada,
en tierras del Nibelungo
cima dió a la gran hazaña
de acabar con el dragón
que la comarca asolaba.

Y dijo así el Nibelungo
que Alberico se llamaba:

—Por mi vida, caballero,
esta red te regalara
que, cual de Mambrino el yelmo,
desaparece a la mirada
o le presta la figura
de otro que por él batalla.

—Nibelungo, oñ malvado,
quero tu vida, canalla,

—Yo te daré mi tesoro
si la vida me regalas.
Entra aquí, no hay en el mundo
otro que con él se iguale.

—¡Qué tesoro, Nibelungo!...

¡Ni un rey moro lo soñara!
 —Esta corona, Sigfrido,
 que mis siervos ahora labran,
 la llevará el rey que acierte
 a dominar en Islanda.

Espada cual la Balmung
 en parte alguna no se halla,
 forjaronla Nibelungos
 vertiendo sangre en la fragua.
 Alberico por traición
 quiso herirlo con la espada;
 mas Sigfrido muerto dió
 a tan ruin y vil canalla.
 Y exclamó Sigfrido—al ver
 muerto a Alberico—con rabia:
 —«Mal haya toda la herencia,
 y el heredero mal haya;
 y peña vuelva a tornarse
 de Nibelungos la raza».

Terminó su lírica trova Volker con estos versos:

El esforzado mancebo
 ganó fama bien ganada
 y el tesoro nibelungo
 que un rey moro no soñara
 y castillos y ciudades
 y la corona de Islanda:
 doce reyes son vasallos
 del que venció en lid honrada.

—¡Bien, muy bien, Volker!—exclamó el Rey Gunther.

—¡Muy bonita trova has cantado!—añadió la Reina Uta.
 Levantóse Krimhilda y dirigióse al trovador, llevando entre sus manos el manto que terminara de bordar.

—Toma, trovador—dijole la princesa—, en pago de tu trova este manto que la mi mano bordó.

—Gracias, Princesa, hagan los dioses que el doncel de la mi trova de vos se enamore.

Un paje pidió la venia para entrar en el salón y cuando le fué dada dijo al Rey:

—Señor: Sigfrido, hijo del Rey Sigmundo, está en el puente levadizo con doce caballeros y pide audiencia al Rey Gunther.

Hagen Tronje, el tuerco intendente, suplicó al Rey:

—Dejad, señor, que el matador del dragón pase de largo: no le déis acogida.

—No a fe—contestó el Rey—, que nadie podrá decir que en Worma no tienen posada los reyes. Dejadle la entrada franca. Acercóse la Reina Ute a su hija Krimhilda y díjole:

—¡Verdaderamente es muy misteriosa la llegada del caballero cantado por Volker!

—Tan misterioso es esto, como el sueño que tuve la noche anterior y, a mi ver, se relaciona con el personaje que llama a la puerta de nuestro castillo.

—¿Qué has soñado, Krimhilda?

—Yo estaba representada por una paloma blanca que vivía feliz, llegó un palomo también blanco y yo ora feliz a su lado; mas de pronto una paloma negra vino para quitarme la felicidad, la paloma negra transformóse en gavilán, y dió muerte al palomo que me arrullaba.

—¿Quién hace caso de sueños?—dijo la Reina Ute.

—Ved el doncel, aquí llega.

En aquel momento penetraba Sigfrido en el salón seguido de doce caballeros que le servían de escolta.

—A tu castillo he llamado, Rey Gunther, para pedir la mano de tu hermana Krimhilda.

—La mano de mi hermana te concederé, Sigfrido, si me ayudas a obtener la de la mujer que adoro.

—¿Quién es ella, si no es secreto el saberlo?

—Es la dama de mis deseos, una hembra ante la cual tiemblan los varones más esforzados.

—¿Cómo se llama, Rey Gunther?

—Brunhilda se llama y es princesa de Islandia; y su burgo, que el sol polar ilumina, está rodeado de volcanes ardientes que nadie osó atravesar.

—Si tu hermana, Rey Gunther, me otorgas en matrimonio, yo te prometo alcanzar para ti a la mujer que tú quieras, aunque sea hija de dioses.

—Walkiria es, hijo del dios Wothan y de Fricka.

—Pues mañana mismo partiremos hacia el burgo que el sol polar ilumina, y me burlaré del fuego y de la fuerza de Brunhilda y la obtendré para ti, Rey Gunther.

—Mañana partiremos, Sigfrido.

—Déjame ver a tu hermana Krimhilda, cuya belleza, según me han dicho, eclipsa la del sol.

—Esa es mi hermana—dijo el Rey señalando a la princesa: luego llamó: —¡Krimhilda!

Acercóse la princesa. Cubriase con un vestido de seda azul celeste muy ceñido al cuerpo y largo hasta los pies. Dos trenzas larguísimas de su hermosa cabellera, caíanle por delante, desde las sienes hasta más abajo de las rodillas.

—Krimhilda, hermana mía—dijo el Rey—, este apuesto doncel es Sigfrido, que quiere ofrecerte sus respetos.

—Princesa—pronunció Sigfrido con vehemencia—, de muy lejos vengo sólo para veros; porque oí hablar de vuestra belleza...

El Rey Gunther, pretextando ir a hablar con su madre, se separó de los jóvenes y llamó a su lado a Hagen Tronje, que cerca de ellos estaba.

—Sigfrido, hace muy poco, un trovador nos cantó aquí vuestra gesta y he quedado admirado de vuestra heroica proeza. Desde entonces vuestro nombre guardo en mi alma.

—Princesa, armásteis mi brazo vos...

—¿Yo?

—Sí, vos... Díome valor el deseo de llegar hasta los pies de la que reina en ya de mi corazón.

—¿Yo reina...?

—Y el deseo de reinar a vuestro lado, Princesa.

—¡Bienvenido sea el doncel!

—Krimhilda, recibid mis humildes respetos.

—Y vos, Sigfrido, la expresión de la admiración más entusiasta por vuestras proezas.

—No quiero que admiréis en mí lo que no es obra mía. Invencible era el dragón y no había fuerza humana que pudiese contrarrestar su furia; mas el Destino armó mi brazo con un gladio invencible y el malvado Fafner cayó herido mortalmente por mi Nothung.

—¿Cómo vencísteis al malvado Alberico?

—Con sus propias armas y para repeler su traición: quiso herirme y yo me defendí; no le maté para hacerme con sus tesoros, sino para deshacerme de un traidor y un malvado.

—Bien obrasteis y os felicito con toda el alma.

—¡Gracias, Krinhilda!

—Repitoos la bienvenida.

—Beso vuestras manos.

LA WALKIRIA BRUNHILDA

Dora ya el sol las altas torres del castillo de Worms y el esbelto campanario de la bizantina catedral que en sus muros se yergue sobre las demás construcciones del vetusto castillo, a las cuales parece cobijar como la gallina a sus polluelos.

Las campanas, echadas al vuelo, anuncian los divinos oficios. Las anchas escalinatas que dan acceso a la entrada principal de la catedral, están ocupadas por guerreros inmóviles como estatuas. Entra en el templo la familia real que ocupa sus sillas y da principio la misa. Asisten a ella los nobles que deben acompañar al Rey Gunther a una larga expedición en compañía del Rey y de Sigfrido.

Avanzaron los expedicionarios y parecióles que el peñón estaba rodeado de llamas. Sin miedo avanzó Sigfrido: allí donde su caballo asentaba su planta, extinguíase el fuego, con gran estupefacción del Rey Gunther y de los caballeros que iban en su compañía. Y mientras el hijo de Sigmundo escala el famoso cerro—en cuya cúspide Falner y Fasolt construyeron el castillo para el dios Wothan, habitado hoy por Brunhilda, la famosa Walkiria—, en el interior de la fortaleza hay gran revuelo.

—Reina Brunhilda, ha llegado un gran navío que tiene por proa un dragón. Guerreros de tierras lejanas se aprestan a posar su planta en tu reino.

—Nada temas—contestó Brunhilda a la portadora de la noticia—. No podrán llegar hasta los muros de mi castillo, a menos que los que se acercan fuesen semidioses, en cuyo caso su planta apagaría las llamas.

Aun estaba Brunhilda hablando con su subalterna, cuando llegaron otras dos gritando espantadas:



... somergerse en la charca y
pisotear bajo la herida abierta.



- A tu castillo he llamado, Rey Ginder, para
pedir la mano de tu hermana Krimilda.

Siendo con doce caballeros en el puente levadizo



Para hacer el primer momento en que contemple in rostro
persigido, una luna divina se escondió en mi pecho, que
me valencio de un deseo viviente de poseerle





Las anchas escalinatas de la entrada principal de la Catedral, están ocupadas por guerreros inmóviles que parecen estatuas.



Con júbilo y fiestas celebraron en Worms la llegada del Rey y de Brimbilla.





Procura guardar el secreto sobre esta sustitución mía y no enseñes nunca este brazalete.



- ¡Significo más! tú eres la personificación del bien, de la verdad y de la belleza



—Reina Brunhilda, se acercan al castillo unos caballeros.

—¡A mí, mis doncellas!... ¡Ponedme los arcos!... ¡Digna es de mí esta lucha!

Precipitadamente vistiéronle la coraza; cubrieron su cabeza con un yelmo; ciñéronle la espada y su brazo se armó con la rodela.

Oyéronse los clarines y pronto acudió un verdadero ejército de rodeleras dispuestas a defender a su reina.

—Abrid a los caballeros que han llegado hasta las puertas de mi castillo—ordenó Brunhilda—y conducidles a mi presencia.

Obedecieron dos de las presentes. Al poco rato, Sigfrido y el Rey Gunther eran introducidos hasta el salón del trono en donde esperaba la valiente Walkiria, armada de todas las armas, con faz severa.

El Rey Gunther admiró la belleza y gallardía de aquella singular mujer.

Era Brunhilda de talla elevada, de cuerpo flexible, de facciones perfectas y varoniles; tenía los ojos grandes, negros, de expresión dura; la boca pequeña, y la frente ancha. Bajo su armadura brillante llevaba un vestido negro de seda.

Adelantóse Sigfrido con gentil continente. Y habló Brunhilda:

—Héroe que vienes a reñir con la muerte, bienvenido seas.

—No pretendo la muerte de tu mano. Mi Rey Gunther es quien de ella solicita la vida.

—Antes de que el sol decline, ¡oh, Rey Gunther!, tus armas, hechas añicos, pregonarán en las paredes de mi cámara tu derrota.

—Siendo así—dijo Sigfrido—, ¿no estás dispuesta a dar tu mano al gran Rey que por ella viene?

—No estoy dispuesta, y sólo me entregaré a él por la fuerza, cuando haya probado que la suya es mayor que la mía. Nada de verter sangre. Si de mi mano eres digno, Rey Gunther, tres veces me has de vencer: a lanzar la piedra; a saltar a lo largo, y a clavar la lanza en el escudo.

—Mi Rey acepta la lucha que le propones.

—¡Al campo, pues!... ¡Al campo, Rey Gunther!

—¡Al campo!—exclamó Sigfrido.

Salieron al campo. Brunhilda subió sobre un peñasal, co-

gió en sus manos una piedra muy grande y con una sola mano la arrojó a una distancia considerable; era humanamente imposible que hubiese nadie capaz de arrojar una piedra de tal tamaño a una distancia tan considerable. El Rey estaba descorazonado y se consideraba ya vencido por aquella mujer; mas Sigfrido se le acercó y le dijo:

—¡Animo, Rey Gunther: yo lanzaré en tu lugar la piedra, y luego te sostendré para dar el salto!... ¡Confía en mí!

Cuando el Rey tomó la piedra de un tamaño doble de la que había arrojado Brunhilda, Sigfrido se situó a su espalda y púsose delante de la faz la redecilla de Alberico, haciéndose invisible a los presentes, y dijo al Rey:

—Haz tú el ademán de tirar la piedra; mas yo lo haré por ti.

Y así fué. El invisible mancebo arrojóla a una distancia bastante mayor que lo había hecho Brunhilda: todos quedaron admirados y la Walkiria extrañada de tanta habilidad.

Efectuaron la segunda prueba. Brunhilda dió un salto prodigioso y también fué ganada por el Rey, que saltó cogido al invisible Sigfrido: y finalmente situáronse ambos combatientes a regular distancia cubriéndose con los escudos. Arrojó una lanza la Walkiria y cayó clavada a los pies del Rey; pero sin tocar su escudo. Arrojóla a su vez Gunther impulsándola Sigfrido y la lanza fué a clavarse en la rodela de Brunhilda, quien quedó aterrada. Acercóse al Rey Gunther y díjole:

—Me has vencido, oh Rey!; seré tu prisionera; pero jamás tu esposa. Puedes disponer de mí.

Momentos después salían del legendario castillo, morada de las Walkirias, hijas de dioses, Sigfrido, el Rey Gunther y la hermosa Brunhilda, quienes se dirigían a Worms para proceder a la ceremonia del casamiento y otorgar a Sigfrido el premio prometido, concediéndole la mano de Krinhilda.

Navegaba por el Rhin la nave que conducía a Brunhilda.

Sentada está la hermosa Walkiria, en el camarote real, triste de su destino, cuando Gunther entró a verla.

—Brunhilda, tu tristeza me laceró el alma. Dime lo que quieres que haga para alegrar tu espíritu.

—No deseo nada. Soy tu esclava y...

—Mi esclava no; mi esposa serás.

—Me has vencido y te perteneceré como prisionera; pero tu esposa no lo será.

—Sin embargo dijiste que si te vencía te casarías conmigo y te vencí.

—Y cumpliré mi palabra; contigo me casaré; pero no tocarás mi cuerpo.

—¡Brunhilda!—dijo Gunther amorosamente, queriéndolo coger la mano.

—No, eso no—contestó ella levantándose amenazadora—; te he dicho que no tocarás mi cuerpo.

—Brunhilda, yo te amo—y al decir esto el Rey acercóse a la joven con intención de abrazarla; mas ella le repelió violentamente. Quiso insistir Gunther en su propósito; entonces ella cogióle el brazo y se lo retorció echándole al suelo, y si bien él quiso oponerse por la fuerza, venció Brunhilda con la aya sobrehumana.

—¿Cómo?... ¿Y eres tú quien me venció tres veces?... No quiero creerlo, pues yo domino tu brazo cual si fuese el de un niño.

Avergonzado quedó el Rey Gunther al verse así vencido en fuerza muscular por una mujer y aun admiró más a la hija de Wothan.

—Vencíste-me, Brunhilda, porque no quise dañarte, por cortesía.

—Pues te prometo que no te perteneceré hasta que no me hayas probado que me puedes vencer.

—Te lo probé en tu propio castillo en presencia de tus gentes.

—Pues ahora empiezo a dudar que seas tú el esforzado adalid que tan brillante demostración hizo de su fuerza.

EPITALAMIO

Con júbilo y fiestas celebraron en Worms la llegada del Rey Gunther y de la hermosa mujer que debía ser su esposa. Las campanas de la catedral, echadas a vuelo, prestaban una nota alegre y anunciaban el fausto acontecimiento a todos los guerreros y servidores del monarca.

Una sola persona aborrecía a Sigfrido y estaba apenado del

feliz resultado de la empresa que con tanto éxito había llevado a cabo: era esta persona Hagen Tronje, el severo Intendente, que aborrecía a Sigfrido; pues parecíale que aquel joven, de quien se contaban tales prodigios, podía hacer sombra.

Cuando los expedicionarios hubieron llegado de Worms, Sigfrido habló así al Rey:

—Rey Gunther, haz a tu palabra el honor que yo hice a la mía.

—Héroe, si Kriemhilda se aviene a ello festejaremos mañana nuestras bodas dobles.

Oyó Brunhilda estas últimas palabras y—cuando Sigfrido se hubo separado—, dijo al Rey:

—¿Desde cuándo es uso entre reyes casar a las princesas con vasallos?

—No es mi vasallo Sigfrido, hijo de Sigmundo. Es un igual mío y juntos beberemos hoy el vaso de sangre de la fraternidad.

Se fijó la hora de la ceremonia de ambos casamientos para el día siguiente.

—Por ti, hermosa Princesa, dejó la soledad de los bosques; por ti me he expuesto a mil peligros; por tu amor haría aun mayores sacrificios y daría hasta la vida.

—¿Cómo podías, Sigfrido, amarme sin conocerme?

—Oí hablar de ti y se enardeció mi corazón. Ignoro si el fuego que consumía mi alma era curiosidad de verte o anhelo de amarte. Pero desde el primer momento en que contemplé tu rostro peregrino, una llama divina se encendió en mi pecho, que me estremeció de un deseo vivísimo de poseerte.

—Pues yo, Sigfrido, te amé antes de verte y suspiré por ti.

—No me conocías...

—Un momento antes de llegar tú a este castillo un trovador nos cantó en versos inflamados, tus proezas, y pronunció tu nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí, sí; *El esforzado Sigfrido*—nos dijo el trovador—*con la su terrible espada, en tierras del Nibelungo circunvió a la gran hazaña de acabar con el dragón que la comarca asolaba.*

—Sólo un pájaro vió como di muerte al dragón.

—Ahora me lo explico todo, porque el trovador empezó su trova cantando: *Pájaro místico, desde una rama, oí, de*

una gesta, gesto inmortal... Aquel pájaro que vió tu proeza era el alma de nuestro trovador.

—No, no; aquel pájaro que vino a encender tu pecho era mi propia alma, que en las alas del desco voló a tu lado antes que mi cuerpo, para decirte, con toda la expresión de la verdad, lo que mi tosco labio no sabe expresarte.

—Bien te expresas, Sigfrido. Tus palabras me suenan más dulcemente que las cuerdas de la lira y del salterio, pulsadas por angelicales manos.

—¡Ah!... ¡Si yo supiese expresarte con palabras, las ideas que siente mi alma!...

—¿Qué me dirías?

—Mira el cielo: ¿ves esas innumerables estrellas con las que Dios ha escrito su nombre inmortal en los espacios inconmensurables?...

—Sí, sí, ¡qué bonitas son!

—Pues no hay entre todas una que brille tanto como tus dos ojos.

—Es la luz del fuego que tus palabras encienden en mi ser.

—¿Ves la serenidad de esta noche apacible?

—¡Noche de ensueño!

—Pues la serenidad de tu frente virginal tiene para mí más poesía que la de esta noche primaveral.

—¡Qué feliz soy oyéndote, Sigfrido!

—Y yo queriéndote expresar lo que siento aquí dentro.

Un céfiro suavísimo movió las ramas del rosál que parecían formar dosel a los amantes, y lluvia de pétalos fragantes cayó sobre sus cabezas y alfombró el lugar en donde se hallaban.

—¡Hasta el rosál nos obsequia con sus pétalos!—dijo Krimhilda.

—Ese es su himno epitalámico en celebridad de nuestras bodas.

—Es himno mudo.

—Pero elocuente: cántannoslo las flores con sus aromas; el arroyo, con su murmullo; la luna que luz nos presta, con su tibia claridad; esos mirlos que ahora oíes, con su gorjeo; la brisa que mueve las ramas de este rosál, con el suave oreo que acaricia nuestros rostros; las estrellas también cantan nuestro epitalamio a su manera.

—¡Qué bien hablas, Sigfrido!

—No, yo no; la naturaleza habla bien. ¡Ah!... ¡Si supiéramos entender su lenguaje, qué felices seríamos!

—¿Me enseñarás a entenderlo?

—Sí, Krimhilda; pero... vámonos de aquí porque hay quien espía nuestros actos.

En efecto, Hagen Tronje, por un lado, y Brunhilda por otro, no perdían de vista a la feliz pareja: el primero andaba envidioso de Sigfrido y la segunda de Krimhilda.

Al rayar el alba, todas las campanas de la catedral anunciaron el fausto acontecimiento. Todos los guerreros formaron en la plaza, delante de la fachada de la catedral y en las escalinatas que a ella conducían. El camino que debían seguir los novios sembrado estaba de espadañas y flores.

Llegaron los novios: Krimhilda, con alba vestidura, estaba radiante de belleza; en su rostro pintábase la alegría. Brunhilda vestía de negro y una gran tristeza ensombrecía su semblante.

Después del desposorio, los dos nuevos hermanos reuniéronse en presencia de Hagen Tronje para beber la copa de sangre de la fraternidad. Tomó el Intendente una copa de oro llena de sangre de cordero, teniendo delante a los dos príncipes y entrególa a Gunther que la tocó con sus labios; éste la entregó a Sigfrido, diciéndole:

—Bebe, hermano.

Obedeció el joven acercando la copa a sus labios. Y dijo con voz solemne Hagen Tronje:

—Mézclese sangre con sangre bebida en la misma copa. Quien de su sangre reniegue, ¡maldito sea y sin honra!

Diéronse la diestra los dos hermanos y mientras enlazada la tenían, añadió:

—El Cielo maldice lo que a medias se hace. ¿Puedes traicionar al amigo que la mano de tu hermano te otorgó?

Ambos contestaron:

—No.

Un abrazo fraternal finalizó la ceremonia.

Aquella noche al entrar el Rey Gunther en la cámara donde iba a reposar Brunhilda, díjole ésta:

—Rey Gunther, no reposarás a mi vera mientras no me

pruebas que fuiste tú quien por tres veces me venció en mi castillo.

—Eres mi esposa.

—La condición para ser tuya era que tú me vencieras en la triple prueba que te propuse.

—Te vencí.

—Quiero que lo pruebes; pues es imposible que el hombre a quien tan fácilmente dominé a bordo de la nave que aquí nos condujo, me venciera por tres veces. Lucha conmigo o sal de mi cámara.

Sabó el Rey y con honda tristeza comunicó a Hagen Tronje la escena anterior.

—No es posible que yo domine a una hembra hija de dioses.

—Yo arreglaré este asunto—dijo el Intendente.

Fué éste en busca de Sigfrido y contóle la resistencia de Brunhilda.

—¿Para qué ocasiones guardas la redecilla del Nibelungo, Alberico?... Póntela para que ella te preste la figura del Rey Gunther, entras en la cámara de ella, la vences, vuelves a salir y habrás prestado un servicio al Rey.

—Razón te sobra.

Obedeció Sigfrido. Púsose la red delante del rostro y penetró en la cámara de Brunhilda.

—Te he dicho, Rey Gunther—dijole la Walkiria que vela en Sigfrido la figura de aquélla—, que debes probarme que tú me venciste.

—Para luchar contigo vengo—contestó Sigfrido, y tomó la mano de ella.

Brunhilda apretó con toda su alma para echarle al suelo; pero Sigfrido no se movía. Entonces ella cogióle con ambas manos y quiso inútilmente derribarle. Bastó que Sigfrido diera un estironcito teniendo cogida la mano de Brunhilda para que ésta cayera al suelo.

—Me has vencido, Gunther; soy tu esclava.

Salió Sigfrido de la cámara de Brunhilda y en la misma puerta hallóse con Gunther, quien extrañóse sobrenaturalmente al ver su propia imagen saliendo del cuarto de su esposa.

—¿Sueño?—preguntó Gunther.

—No sueñas; soy yo—contestó Sigfrido quitándose su re-

decilla y volviendo a su forma externa personal—. Puedes entrar, ¡oh, Rey!, acabo de vencer, en tu nombre, la sobrenatural fuerza de tu esposa: puedes entrar, Rey Gunther.

Aquella noche, al despojarse Sigfrido de sus vestiduras, halló enganchado en su capa el brazalete, en forma de serpiente enroscada, que perteneciera a Brunhilda. Había quedado prendido en su vestido, cuando Sigfrido luchara con la Walkiria en su cámara.

—¿De dónde has sacado este brazalete?—inquirió Krimhilda.

—Te lo dié; mas antes júrame que guardarás el secreto.

—Te lo juro por el amor que te tengo.

—Has de saber, Krimhilda, que poseo una redecilla que conquisté al Nibelungo Alberico: cuando con ella me cubro el rostro, desaparezco a las miradas humanas o mi cuerpo toma la forma externa de otra persona, según mi voluntad.

Aquí relató Sigfrido a su esposa cómo empleó la misteriosa redecilla en el triple combate con Brunhilda, y cómo pudo obtener para su hermano Gunther el beneficio de la posesión de la Walkiria, gracias a su redecilla:

—Fué durante esta lucha en la cámara de Brunhilda—añadió Sigfrido—que su brazalete quedó enganchado en mi capa. Procura guardar el secreto sobre esta substitución mía y no enseñes nunca este brazalete.

—Nada temas, esposo mío.

ANTAGONISMO DE REINAS

Transcurridas seis lunas de su casamiento, Sigfrido hizo traer a Worms todos los inmensos tesoros que habían pertenecido a Alberico, y que él había conquistado matando al dragón y al famoso Nibelungo.

La prolongada estancia de Sigfrido en Worms suscitó contra él la animadversión del Intendente quien buscaba por todos los medios, perderlo y enemistar contra él al Rey Gunther.

Por otra parte, Brunhilda amaba a Sigfrido en silencio y, por un sentimiento reflejo, aborrecía a Krimhilda. En esta

lucha sentimental, los encontrados sentimientos de amor y de odio de Brunhilda y los de aborrecimiento de Tronje a Sigfrido, pronto llegaron a converger: el Intendente y la joven reina se entendían contra Sigfrido y su esposa.

Aquella mañana la Reina Ute solía de sus habitaciones y al hallar a su hija, díjole:

—A misa voy, Krimhilda, sígueme presto.

Un momento después Krimhilda subía las escalinatas de la catedral seguida de Brunhilda, quien procuró apresurar el paso para atajar a aquélla. Dióle alcance en la misma puerta del templo y díjole altanera:

—No cumple a la mujer de un vasallo entrar en la catedral antes que la reina de Borgoña.

—¿Vasallo Sigfrido?... ¿Así humillas a mi esposo?

—Supongo, Krimhilda, que no te molestas porque te diga la verdad.

—¿Y eres tú quién hablas así?... ¿Tú a quien él venció en tus propios estados y en tu misma cámara?

—¡Deja vía franca a la reina de Borgoña, mujer de siervo!—exclamó airada Brunhilda.

—¿Conoces este brazalete, Reina de Borgoña?—preguntó Krimhilda mostrando el que le había pertenecido.

—¿Cómo fué a parar a tus manos, mujer villana?

—Me lo regaló quien, adoptando la figura de mi hermano, merced a la red de Alberico el Nibelungo, tres veces te venció en tus dominios y una en tu cámara.

Krimhilda había faltado a su juramento y a la palabra dada a su esposo y le comprometía seriamente.

Un odio mortal entró en el corazón de Brunhilda. En aquel momento el Rey Gunther subía la escalinata de la catedral acompañado de Hagen Tronje. La reina Brunhilda se acercó al Rey.

—Rey Gunther, ¿dice verdad esta mujer?—y señalaba a Krimhilda.

—¿Qué dice?

—Que Sigfrido, con la maravillosa red de Alberico, el Nibelungo, te substituyó en la lucha conuigo y me venció él.

Hagen Tronje acercóse al monarca y díjole al oído:

—Ya véis cómo os paga Sigfrido vuestras bondades con él, haciendo público lo que os puede humillar.

—Brunhilda no creas más que lo que yo te diga.

Al salir de los divinos oficios, el Intendente Hagen Tronje deslizó estas dos palabras al oído del Rey Gunther:

—¡Muera Sigfrido!

Momentos después, al hallarse Gunther frente a Sigfrido, díjole con voz severa y ceño adusto:

—¡Tienes, Héroe, la lengua tan larga como fuerte el brazo!

—No entiendo tus palabras, hermano mío.

—Dijéramelo y no hubiese dado crédito a quien tal dijera, si yo mismo no hubiese sido testigo...

—¿De qué has sido testigo y qué te han dicho?... Habla.

—Brunhilda sabe que tú fuiste su vencedor y conoce el modo como mudas de personalidad; y eso mengua mi autoridad sobre ella. Si esto se hace público quedo en ridículo delante de mis vasallos.

—Pero, ¿cómo sabe eso tu esposa?

La tuya se lo ha contado todo.

—¡¡Dios!!... Todas son como la Dalila del Antiguo Testamento.

Volvió Hagen Tronje a hablar al Rey de la necesidad en que estaban de hacer desaparecer a Sigfrido a toda costa.

—¡Debe morir, Rey Gunther!

—A cubierto de toda venganza está Sigfrido. El matador del dragón es invulnerable.

—Certo es que el acero no rasgará su carne, porque la sangre del dragón bañó su piel; pero yo conozco un detalle que todos ignoran.

—¿Cuál es?

—Antes de caer la sangre del dragón sobre él, una hoja de tilo pegóse en su piel y preservóla de mojar-se en ella; por esa parte bien cabrá una flecha.

—¿Cómo sabes ese detalle?

—El héroe lo contó a su esposa y ella a mí.

—¿Y en qué parte del cuerpo se le pegó la hoja de tilo?

—Eso lo ignoro; pero lo sabré.

—Yo no puedo manchar mis manos en su sangre: con él bebí la copa de la fraternidad, y no quiero dar la muerte a quien tan fiel me fué.

—¿Señor, dejad a mi recaudo al matador del dragón!

—No, Hagen Tronje.

Complotaron éste y Brunhilda. Y cuando aquel mismo día ésta pudo hablar a solas a su esposo, díjole con saña:

—Debes saber, ¡oh, Rey!, que quien me arrancó el brazalete en mi cámara, el día de mi desposorio la honra se me llevó.

—¿Sigfrido?

—Sí; el brazalete era el símbolo de mi donceller.

—¡¡Horror!!... ¡¡Mal amigo!!... ¡¡Morirá!!...

Llamó el Rey a su Intendente.

—Hagen Tronje, ¿conoces ya el lugar vulnerable del cuerpo de Sigfrido?

—Aun no, pero lo sabré.

—Sábelo pronto y... ¡que muera!

—¡Muera Sigfrido, señor!

—Avisa a mis mesnaderos de que mañana a la hora de la aurora saldremos de caza.

—¡Comprendo!!...

—¡Vamos a dar caza al lobo más fiero de Borgoña!

—Yo me encargo, señor, de horir a esa fiera.

Sigfrido quejóse amargamente a su esposa de la imprudencia que había cometido descubriendo el secreto de su doble personalidad al luchar contra Brunhilda:

—Mal hiciste, esposa mía, en faltar a tu juramento.

—¡Perdóname, amado mío!

—Recuerda que juraste por mi amor, y al quebrantar tu juramento mal me debes amar.

—¡Oh!!... No, eso no; te amo como a mi mayor tesoro: fué en un momento de despecho...

—¡No llores!

Y Sigfrido abrazó a su esposa.

FRATICIDIO

—Krimhilda, te voy a decir un secreto, pero júrame que no lo has de decir a nadie.

—Hagen Tronje, una vez presté juramento de callar y quebrélo. Ya no quiero jurar más.

—Prométeme, al menos no decir nada...

—No, no; que sin yo pensarlo se me van las palabras de mi boca.

—Se trata de tu esposo...

—No; si es un secreto no me lo digas, porque lo divulgaré.

—Pero se trata de la vida de tu esposo...

—Habla de una vez y no me hagas sufrir.

—Venteé una conjura. La nube negra de la traición se cierne sobre la cabeza de Sigfrido...

—¡Dios mío!

—La caza al ciervo o al jabalí pudiera tomarse en caza al hombre... Pero bienaventurada tú que tienes por esposo al matador del dragón, al invulnerable Sigfrido.

—¡Desdichada de mí! ¿Quién me responde de que un venablo alevé no atine donde cayó la hoja de tilo!

—¿Tú vigilarás por él?

—Claro; pero no puedo hacerlo sin conocer el lugar vulnerable de su cuerpo...

—Yo lo señalaté con una cruz de torzal rojo bordado en su túnica.

El Rey fué a despedirse de su esposa:

—Vengo a despedirme de ti. Vamos de caza al bosque.

—No olvides mi juramento, Rey Gunther; no comeré bocado ni beberé una gota de agua hasta que mi honra quede lavada.

—Con sangre se lavará.

Sigfrido también se despidió de su dama, quien había tenido buen cuidado de coser en la túnica de él una cruz bien visible en la parte correspondiente al homoplate izquierdo...

—¡Adiós, Krimhilda!... ¡Vamos a la cacería!... Tu hermano se empeña que a ella acuda.

—¡No te vayas de mi lado, dueño mío!... La noche pasada soñé que un terrible jabalí rabioso te despedazaba.

—¿Quién se fia de los sueños?... ¡Adiós!...

Cuando ya se iba Sigfrido, su esposa volvióle a llamar:

—¡Dueño mío, no te vayas de mi lado!... He soñado también que ibas por la hondonada de un valle y que las montañas cedían sobre tí y te sepultaban.

—Esas son fantasías de tu imaginación; ensueños de tu mente, esposa mía; conviene que vaya a la cacería, por no disgustar a tu hermano; pues ya sabes que desde hace unos días está resentido conmigo por tu indiscreción en el hablar. ¡Adiós!

Abrazáronse y fuéase Sigfrido a juntar con la comitiva que en el patio estaba ya dispuesta para emprender la marcha hacia el bosque.

Krimhilda despidió triste a su marido desde uno de los ventanales. Partieron los monteros.

Volvió Krimhilda llorosa a sus habitaciones y topóse con su madre, la Reina Ute.

—¿Por qué quedas tan triste, hija mía?

—¡Páreceme, madre, que el corazón se me desgarró... Un triste presentimiento anida en mi alma.

—Desecha ese temor vano. Sigfrido volverá.

—¡Dios haga que vuelva vivo!

La cacería duró lo que dura el sol en recorrer su curso de cabo a cabo. Durante la misma, cobráronse gran cantidad de ciervos, bastantes rebecos, algún jabalí y muchas piezas de caza menor.

En un claro del bosque reuniéronse los nobles monteros y todos sus hombres, con el fin de descansar y preparar la comida. Improvisáronse cocinas y, en muy diversos grupos, los cazadores comentaban las incidencias de la cacería.

Los cuernos de caza repercutieron en los ámbitos del bosque, llamando a los rezagados. Entre estos últimos contábanse Sigfrido y Hagen Tronje.

—¡Un jarro de vino!—pidió Sigfrido al llegar con el Intendente, que no le dejaba a sol ni a sombra.

—Señor—contestó uno de los mesnaderos—, el carro donde venía el vino se ha despeñado; pero si queréis agua cristalina y fresca, al pie de aquellos carrascales mana abundante.

—Gracias—contestó Sigfrido.

—Yo también voy a beber; tengo una sed rabiosa—dijo Hagen Tronje.

—Vamos juntos—ofreció Sigfrido.

—Héroe—prosiguió el Intendente—, siempre me han alabado tu destreza y habilidad; y a fé que no sé como me

atrevo a proponerte la apuesta de que llevo antes que tú al manantial.

—¡Ja, ja, ja!... Espera que voy a decir una palabra a mi querido cuñado a quien veo allí, y que anda disgustado conmigo.

Sigfrido dirigióse al Rey Gunther:

—Hermano, no quiero verte ese rostro tan ceñudo cuando me miras. ¡Hagamos las paces!—y le tendía la mano.

—Haremos las paces cuando vuelvas del manantial, héroe—contestó el Rey sin desarrugar el ceño y subrayando la última palabra.

—Vamos, Tronje—invitó Sigfrido alegre—, disponéos a ganarme.

Preparáronse ambos para la carrera. Hagen Tronje que empuñaba una jabalina, hizo como que arrancaba; más esperó desde un montículo, que dominaba el manantial, y cuando Sigfrido se echó de bruces en el roquero que aquél formaba, empuñó su diestra mano la afilada jabalina y arrojóse la apuntando a la cruz que en su corpiño llevaba bordada.

Oyóse un grito de dolor; el héroe hizo ademán de levantarse, mas cayó revolcándose en el charco enrojecido con su sangre; la jabalina le había traspasado de parte a parte, pues la punta le salía por el pecho.

A los gritos de dolor del infortunado Sigfrido acudieron algunos mesnaderos, quienes levantaron al hijo de Sigmundo y lo acostaron en la yerba: un momento después era cadáver.

Acercóse Hagen Tronje al Rey Gunther y díjole:

—¡Mi Rey, ya estáis vengado!

El Rey, cabizbajo, no contestó. Más el traidor Hagen Tronje con voz potente gritó:

—Ya se terminó la cacería.

El cuerpo inerte del esposo de Krimhilda fué puesto en unas perihuelas y conducido al castillo de Worms.

MARCHA FUNEBRE.

Cual si victoriosos llegasen los vasallos del Rey Gunther, hicieron resonar sus trompetas al acercarse a Worms. La hermosa Krimhilda acudió al ventanal para ver a su querido

esposo; más esperó en vano; pues al pasar el puente los recién llegados, dirigieron a la capilla para depositar al pie del altar santo la inocente víctima de las pasiones humanas, el cadáver del héroe.

Fué el Rey a comunicar a su esposa la nueva:

—¡Brunhilda, cumpliósse tu voto: Sigfrido ha muerto!

—¡Ha muerto el héroe!...—exclamó tristemente Brunhilda, y haciendo una pausa levantó al cielo sus brazos y sus ojos, por los que asomaron dos lágrimas, y dijo con voz solemne y muy lentamente:

—¡Tocad, tocad a muerto, campanas funerales, que el héroe, mi amado, subió a un mundo mejor!...

—¡Oh!...—exclamó sobresaltado Gunther—. ¡Le amabas!

Y ella prosiguió en el mismo tono y actitud, y con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Tocad, tocad, campanas el tétrico lamento de vuestras tristes voces resuenen en mi ser!...

—Brunhilda—interrumpió el Rey fuera de sí—, quiero que me digas si era verdad que amabas a Sigfrido.

—¡Rey Gunther, sí, le amaba!... Pero no pudiendo ser mío, no quise que fuera de nadie. Úfano puedes estar, Rey Gunther. Por una mentira de una mujer has traicionado a tu mejor amigo.

—¿Luego tú me mentiste al decir que te había robado la donceller con la honra?

—Cuanto dije era falso; pero estoy vengada; no fué mío y no quise que fuera de nadie; me engañaste y te engañé; te dejo con tu remordimiento.

Fuése Brunhilda a la capilla donde estaba, de cuerpo presente, el cadáver de Sigfrido y arrojóse a los pies del difunto, cubierta enteramente con la capa.

Momentos después, acompañada de su madre, fué también a la capilla Krimhilda vestida de luto.

Presentes estaban el Rey, Hagen Tronje, rodeado de los infanzones, sus partidarios, y los demás personajes de la Corte.

Adelantóse Krimhilda, con paso lento hasta el cadáver, al ver que alguien se había puesto a sus pies, levantó el manto

fúnebre que cubría a Brunhilda... La hermosa Walkiria estaba abrazada a los pies del héroe.

El Rey se acercó y al ver a su esposa a los pies de Sigfrido, exclamó:

—¡Ella!... ¡Horror!... ¡Le amaba!

—¡Assesino!—clamó Krimhilda fuera de sí, dirigiéndose a Hagen Tronje con las manos crispadas.

Los infanzones partidarios del Intendente le rodearon cual muro de lealtad, como para defenderle.

—Justicia te pido, ¡oh Rey! ¡Hagen Tronje me ha matado al marido!

El Rey bajó la cabeza. Estaba horrorizado de su obra, y su corazón hecho pedazos por la ruin acción de su esposa. Nada contestó; más Krimhilda prosiguió enérgica:

—Ocúltale tras la autoridad del Rey, o en los altares de Dios, o vete al fin del mundo... lo mismo me da... ¡Mi venganza sabrá alcanzarte, traidor Hagen Tronje!

Luego postróse de hinojos y, abrazando la cabeza de su esposo, gritó con voz doliente:

—¡Sigfrido, Sigfrido mío, tú eras la personificación del bien; de la verdad y de la belleza, y éste es un mundo de maldad, de mentira y fealdad; bien has hecho en volar al reino de la perfección infinita de mora el amor eterno!... ¡Sigfrido!... ¡Sigfrido!

Calló Krimhilda y un silencio sepulcral reinó en la capilla ardiente, interrumpido sólo por el doliente tañir de las campanas, los suspiros acongojados del Rey Gunther, los sollozos de Krimhilda, el chisporrotear de los cirios y el barbotear quedo de la Reina Ute que elevaba una plegaria al Cielo por el desventurado Sigfrido, víctima inocente de las pasiones humanas.

FIN



Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: UNA peseta

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA

VIAJE DE NOVIOS	Brigitte Helm.
PARTE DE TIBURONES	Edward G. Robinson.
EL ROBINSON MODERNO	Douglas Fairbanks.
SOLTERO INOCENTE	Maurice Chevalier.
E. P. L. NO CONTESTA	Charles Boyer.
NELGIVA DE ARRIAL	L. Argentin.—C. Gardel.
EL HIJO DE LA CUCA	P. March.—E. Landi.
TODI POR EL AMOR	Jan Kiepura.
DANTON	Jacques Guitel.
ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm.
CABAÑA POR AZAR	Clark Gable.
KING KONG	Pay Wong.
YO... Y LA EMPERATRIZ	Lillian Harvey.
MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney.
EL HURÓ ANTE EL REFLEJO	N. Carroll.
VAMPIROS DE 1902	Warren William.
E. O. S. (CHERNO)	Red La Rouge.
AMOROS (Lobato)	Magna Schindler.
MATEO DOLOROSA	Lina Neri.
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Lavett.
VERLAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth.
DIME QUIN ERAS TU	Liane Haid.
NACIDO PARA PECAR	Mae West.
AUDIENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth.
EL SEÑORITO DEL DE MAÑANA	Price Lang.
EL RESUCITADO	Boots Harbo.
PARIS MONTECARLO	Henry Garret.
PHILIP HERREY	Gail Mandy.
GUERRA DE VALER	Willy Priesall.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALFA" - Apartado 707 - Barcelona

Remitan el importe en sellos de correo y cinco centimos para el certificado. Franqueo gratis.